

palpables ejemplos; y cabalmente los mismos tiempos en cuyo ecsámen nos estamos ocupando, nos presentan uno tan á propósito, que parece como cortado adrede para ser ajustado aquí con toda oportunidad. Sabido es que hubo una época, en que el clero secular, como á mas espuesto por su posicion y circunstancias que el clero regular, á la influencia del siglo en que vive, no alcanzó á preservarse del todo, de la ignorancia y corrupcion que tanto dominaban en aquellos calamitosos tiempos, viéndose muy sobrepujado en saber y en virtud por los monges y los clérigos regulares, ó canónigos: y ¡cosa notable! las riquezas tomaron tambien la nueva direccion reclamada por la mudanza; los monasterios y los colegios de clérigos regulares se encontraron en abundancia, mientras el clero secular se halló en la escasez y penuria.

Esta afluencia de los honores, poder y riquezas hácia las manos de las clases mas distinguidas por su mérito, tiene tan natural origen en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, que á mi entender podria en esta materia asentarse una regla general, que sirviera de luz en las ciencias políticas, y que empleada con tino y mesura, podria servir provechosamente para aventurar conjeturas y pronósticos, con algunas probabilidades de acierto. Siempre que en una sociedad ecsista una clase muy numerosa, benemérita, y acreedora por lo mismo á consideracion y bienestar, á honores y riquezas, y se la vea desatendida y postergada, impidiéndole

las leyes, las instituciones, ú otra causa cualquiera, el levantarse hasta el puesto que le corresponde, el sosiego de la sociedad está en peligro: no importa que por de pronto no se note ningun síntoma de agitacion; las revueltas, tal vez la revolucion, no están lejos; la sociedad ha perdido su nivel, si una mano cuerda y previsora no se lo vuelve á tiempo, ella lo buscará por sí misma, y entonces serán necesarios los vaivenes y oleadas.

III.

Si las riquezas del clero adquiridas por medios tan naturales y legítimos, como se acaba de ver, no hubieran proporcionado beneficios á la sociedad, antes la hubiesen dañado, entonces habria razonable motivo para hablar contra ellas, no solo tachándolas de injustas, sino presentándolas como uno de aquellos males, que en las cosas humanas no siempre van separados de la naturalidad en el curso de los sucesos, y hasta de la legalidad. Acaece no pocas veces, que una combinacion fatal de circunstancias trae consigo una serie de sucesos, que por estar muy naturalmente encadenados, no dejan de ser funestos; y aun las mismas leyes, ó porque entrañen alguna porcion de injusticia, ó porque estén dictadas con poca prevision, ó porque

cambiadas las circunstancias, no le acomoden, cual deben, á otras necesidades ofrecidas por la innovadora mano del tiempo, no dejan á veces de acarrear gravísimos males, tanto mayores, y tanto mas sensibles y chocantes, por proceder del mismo instrumento destinado á labrar la felicidad pública: resultando de aquí, que una cosa puede tal vez ser muy natural, y ademas muy conforme á las leyes, sin ser por esto provechosa; antes acarreado inconvenientes, y aun males de considerable cuantía.

Si con respecto á las riquezas del clero se hubieran verificado tan funestas coincidencias, escucharía de buena gana al filósofo, que eesaminando con imparcialidad la materia, me dijese: "las riquezas del clero nacieron de causas muy naturales, se adquirieron por medios legítimos, contribuyendo á aumentarlas el gran bien que el clero hacia á la sociedad; pero de las mismas riquezas no reportó la sociedad beneficio; ellas fueron un verdadero mal." Pero ¿es esto así? ¿es esto lo que enseña la historia? No será de mas detenerse algun tanto en desentrañar esta cuestion; porque si bien se observa, lo que se ha reconocido como saludable para aquellos tiempos, es la influencia religiosa y moral del clero; pero la que se deriva de las riquezas es mirada con aversion, ó al menos con desvío; y es regular que á algunos lectores se les hará recio de creer que haya podido acarrear ningun provecho.

Toda vez que llevamos ya asentado, que el cle-

ro, como á ministro de la Religion cristiana, era con respecto á los pueblos lo que un padre respecto de un hijo, lo que un preceptor con relacion á su alumno, menester será confesar tambien. que todo cuanto ponía en sus manos los medios oportunos y suaves para que fueran escuchadas sus lecciones y consejos, respetada su autoridad, é imitados sus ejemplos, acarrea á la sociedad un beneficio inestimable. Y pregunto yo ahora ¿las riquezas, hasta en su abundancia, no eran á este fin, un medio muy á propósito, muy conducente, muy eficaz?

Si una clase ha de ejercer un influjo fuerte y duradero, ante todo es necesario que adquiera estabilidad é independencía. Sin estabilidad no alcanzará jamas consistencia y firmeza; sus relaciones serán escasas y débiles, sus miradas muy limitadas, sus funciones circunscritas á espacio breve, y estas sin calor, sin energía, sin resultados: poco segura de su propia ecsistencia, no podrá obrar sobre un sistema, ni desenvolver un plan, ni estender su vista al porvenir; planta ecsótica, que careciendo de arraigo no obtendrá nunca robustez, y el menor contratiempo será bastante para echarla por el suelo. Sin independencía, no podrá nunca una clase presentarse con aquel decoro y noble dignidad, que inspirando comedimiento y respeto, enfrenan la osadía, quebrantan el ímpetu del orgullo, ablandan la terquedad, y allanan el camino á la docilidad y á la deferencia. *Ni la estabilidad, ni la independencía se obtienen sin propiedad.*

En tiempos regulares, cuando encaminada la sociedad por un carril determinado, bastan aquellos influjos suaves que semejan al impulso necesario para mantener el movimiento, podria ser bastante la propiedad que asegurase estabilidad é independencia; pero si así no fuere, si fuere menester variar enteramente el rumbo de la sociedad, ora empujándola con fuerza hácia diferente direccion, ora oponiéndose de frente á su perniciosa carrera, entonces no bastaria la sola propiedad; se necesitaria propiedad abundante, porque no fueran suficientes la estabilidad é independencia, sino que seria necesaria ademas mucha robustez, un gran caudal de fuerza.

Esto, y nada menos que esto, tuvo que ejecutar la Religion cristiana; por consiguiente la Iglesia, por consiguiente sus ministros. Amansar y suavizar costumbres feroces, enfrenar, sojuzgar un orgullo terrible por su brutalidad, encrudecido con el combate, y engreido con la victoria, desarraigar y estirpar ideas supersticiosas y groseras, pulir hábitos rudos, desterrar usos inveterados, poner diques á la violencia y escesos del poder, contener la bárbara furia de los pueblos, alumbrar, organizar, crear, bajo todos aspectos, por todas partes, en todos sentidos, en todos ramos; y esto, no pudiendo aprovecharse en casi nada de las ideas y costumbres de los vencedores, sin que al menos no le fuera preciso enmendar, enderezar, refundir; pudiendo servirle en poco los restos y recuerdos de

la civilizacion antigua, flaca como á caduca, peligrosa como á gangrenada, y ademas hecha pedazos y casi aniquilada por el recio ataque que acababa de sufrir; y sobre todo importuna é inaplicable, como á cimentada sobre otros principios, regulada sobre distinta norma, encaminada á otros fines, é ideada para pueblos muy diferentes en carácter, ideas, costumbres, hábitos y demas circunstancias: he aquí la colosal empresa que acometió la Iglesia; he aquí lo que llevó á cabo con sabiduría, con vigor, con energía admirable; y he aquí cómo acarreó un inmenso beneficio con la misma abundancia de sus riquezas; pues que con ella no solo disfrutó estabilidad é independencia, sino que pudo adquirir toda aquella fuerza inmensa que necesitaba para ejercer una accion tan fuerte, tan viva, tan duradera; pues que con esta abundancia quedó erigida, constituida en un verdadero y robusto poder social y político, tal como le era necesario para llenar el grande objeto que sobre la sociedad se habia propuesto.

A un observador profundo, á uno de esos pensadores que conocen que una civilizacion no se improvisa con un discurso oratorio, y que el asentar la sociedad sobre sólida basa, y el darle luego la debida organizacion, ecsige harto mas tiempo y trabajo que la redaccion de un escrito, ha de serle muy grato el estudiar, cómo se elaboraban trabajosamente las sociedades modernas en medio de tiempos de tantas tinieblas, azares y trastornos. Asis-

tiendo á esta grande operacion social, no con aquella impaciencia de quien aguarda la conclusion de una munufactura, sino como quien presencia una de las grandes funciones de la naturaleza, la cual para la produccion de sus mayores obras, echa siempre mano de una sábia combinacion de causas, sazónada con porción considerable de tiempo, descúbrense cuál juegan un sin número de influencias para preparar á la sociedad europea dias de mas órden y regularidad, preludio de otros de mas brillo, grandeza y ventura; y es notable que las riquezas del clero, hasta en su misma abundancia, figuran como uno de los elementos mas suaves y lentos, y al propio tiempo mas poderosos y eficaces.

Entre pueblos errantes y feroces, que acabando de salir de sus enmarañadas selvas, llevan al través de inmensas distancias sus tiendas y familias, que se precipitan como un torrente sobre los países que mas les agradan, arrojando de allí á los antiguos moradores, cuando no los reducian á la esclavitud, ó no los sacrificaban á su crueldad; poco significado podian tener las palabras de razon, de derecho, ni justicia; y acostumbrados á adquirir por la fuerza, á poseer por violenta ocupacion, y á conservar por medio del combate, la propiedad habia de ser para ellos un nombre vano, porque mal se formará de ella una idea, quien no conozca otros títulos que la conquista, otra ley que la guerra, otro derecho que la punta de la lanza, ni otra garantía que el esterminio. Para combatir

disposiciones tan funestas, hacer que les sucedieran otras mas racionales, y preparar, por decirlo así, el terreno á recibir la semilla de la organizacion y adelanto social, era del todo necesario el que se procurase esparcir por todas partes una idea importante, capital, como que entra necesariamente en la misma idea de las sociedades: hablo de la *propiedad*.

Bien se echará de ver que en la época á que nos referimos, debian de surtir escaso efecto la enseñanza y las amonestaciones, si no anduviesen acompañadas de medios que contribuyeran á hacer palpar la verdad é importancia de las doctrinas, y lo saludable de los consejos; de medios, que realizando á los ojos de los bárbaros un órden de cosas para ellos nuevo, los aficionasen insensiblemente á tantear otro método de vida, en que alcanzaran mas tranquilidad y mas dicha.

El primer paso que en este camino debia darse, era comunicar á los pueblos conquistadores la inclinacion á la vida agrícola, pues que alcanzando este objeto, se tenia ya lo que es de todo punto indispensable para que un pueblo numeroso pueda asegurarse medios de subsistencia, y que ademas es muy á propósito para estirpar la barbarie, y allanar la carrera de la civilizacion.

Una vez tomada por un pueblo la aficion á la agricultura, cobrando apego al país que le proporciona alimento y regalo, pierde en consecuencia el gusto de la vida errante, de guerra continua, de cor-

rerías y pillage; téplase poco á poco la primitiva fiera, sucediéndole las costumbres mas suaves y pacíficas; siéntese las ventajas de una vida quieta y sosegada, y la necesidad de estrechar los vínculos con los demas, al menos para la comun defensa; nace entonces el amor y respeto á la propiedad, y esto sugiere naturalmente la idea de un poder protector que vele por reprimir á los díscolos del pais, y repeler las violencias de los estraños; é influyendo el mismo tenor de esa clase de vida al desenvolver sentimientos dulces, mejóranse las relaciones de familia, créanse la de paisanage, estiéndense las de parentesco, y afirmándose, ensanchándose, y regularizándose unas y otras, se va urdiendo la gran tela formada por el vasto y admirable conjunto de las relaciones sociales. ¿Y cómo podia mejor lograrse este objeto, que formando entre los mismos bárbaros grandes establecimientos agrícolas pertenecientes al dominio de la única clase que habia alcanzado inspirarles respeto, que habia ganado sobre ellos poderoso ascendiente? ¿no era esto esparcir una semilla que con el tiempo no podia menos de ser muy fecunda?

En tratándose de conducir á un pueblo por caminos para él inusitados ¿no conviene ante todo ir formando á propósito sus hábitos? y estos hábitos ¿pueden acaso engendrarse y crecer de modo mas eficaz y suave, que poniendo de continuo á la vista el ejemplo que arrastre, el estímulo que incite, el cebo que brinde?

Aun hay mas, y sobre este punto llamo muy particularmente la atencion de los lectores: la Religion cristiana entraña de tal manera el espíritu de amor y de beneficencia, que en todos tiempos y paises ha desplegado en esta parte un carácter, que la ha distinguido siempre de todas las otras religiones. Y no es que por otras religiones no se haya enseñado tambien de algun modo la beneficencia, no que dentro de nosotros no ecsista tambien de ello alguna semilla; pero darle aquella energía y eficacia que alcanza á grandes beneficios para la humanidad, esto ha sido reservado á la Religion cristiana.

Hay en nuestro corazon, y esto no puede dudarse, hay en nuestro corazon un sentimiento innato, vivo, indeleble, que con impulso vehemente nos lleva á socorrer las desgracias de nuestros hermanos; y la Divina Providencia tan admirable y profunda en sus designios, como en trazar á las criaturas el sendero por donde quiere encaminarlas, ha vinculado con alta sabiduría ese sentimiento fraternal, con una verdadera pena que brota en nuestro pecho á la sola vista del infortunio; pena, que al paso que sirve de permanente estímulo para los corazones virtuosos, es tambien un castigo, un recuerdo mordedor para aquellos que se esfuerzan en embotar los dulces sentimientos que les ha inspirado la naturaleza. Pero por mas admirable que sea este sentimiento; por mas alto que reconozcamos su origen, saludables y nobles sus fines, una esperiencia

dolorosa nos manifiesta con harta frecuencia, que abandonado á sí mismo, no tiene fuerzas bastantes para crear, engrandecer ni conservar ninguno de aquellos establecimientos que escigen mucho desprendimiento, y que reclaman una dilatada continuacion de esfuerzos, y de penosos cuidados. Como quiera que esa inclinacion, de suyo tan generosa, se alberga en un corazon tan flaco, tan voluble, tan combatido de inesplicables contrariedades, no tiene suficiente robustez y energía para dominar la altivez del orgullo que no quiere doblegarse á ese linage de solicitud, que consigo no lleva ni lustre, ni gloria; no es bastante avisada para precaverse de las insidiosas sugerencias del mezquino interés, ni bastante desprendida para que se resuelva á desentenderse de las cavilaciones con que la asedia continuamente el amor propio.

Sí, y es preciso decirlo, y en alta voz: sin un ejemplo tan elocuente como el de un Dios inmolado en una cruz por la salud del linage humano, sin la robusta sancion del precepto divino, sin la union encantadora de los consejos del Hijo de María, sin el estímulo de aliciente tan poderoso como lo es el de una recompensa eterna, sin aquellos misteriosos influjos sobre el alma, que iluminan el entendimiento, impulsan y arrastran la volunrad, enternecen el corazon, abaten el orgullo, estimulan en la desidia, alientan en el cansancio, despegan del mezquino interés, agradan y elevan todas las ideas, purifican, avivan y ensanchan todos los sentimien-

tos, sojuzgando de un modo tan inefable, como dulce, como eficaz al hombre entero; sin todo esto que en la Religion de Jesucristo se encuentra, y solo en ella se encuentra, el débil hombre contrariado, combatido por muchos, muy astutos y poderosos adversarios, vacila, se desalienta, se abate, retrocede pusilánime en el mismo camino en que poco antes le empeñara con ardimiento un impulso benéfico y generoso, y acaba por abrir su corazon al seco y desapiadado egoismo, para que este mónstruo encogido y adusto asiente allí su aislado trono, y dirija con interesadas miras todos los pasos y acciones, desordenando todos los planes, embarazando la ejecucion de los mejores proyectos, y secando en la misma raiz toda planta, que pudiera producir para la desgraciada humanidad, algun alivio y consuelo.

Y he aquí por qué somos deudores á la Religion cristiana de la idea, planteo é incremento de toda clase de establecimientos de beneficencia; he aquí por qué donde quiera que se encuentren, buscan naturalmente la sombra, el amparo de la religion; he aquí por qué se arriman á ella como hijos á la madre, para que los nutra con su leche, y los vivifique con su calor, y los favorezca con sus cuidados y ternura. No es de este lugar el tejer la historia de estos establecimientos; pero bien puedo dirigirme con entera confianza á cuantos se han ocupado en el estudio de ella, y preguntarles si no es verdad que en todas partes, y en todas épocas, los encuen-

tran enlazados con la Iglesia, colocados á la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios á los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia.

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionan á la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es escogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba á ejercer con libertad su accion y á desenvolver en grande sus planes, se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un cáos la sociedad, ¿no puede tenerse á gran dicha, que en los calamitosos tiempos que siguieron á aquella catástrofe, se reunieran en manos de la Iglesia pingües riquezas, que le suministraran medios de hacer el bien en abundancia, enseñando á los pueblos el hacerlo de manera que asegurando el provecho, y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes y el desperdicio que consigo lleva no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan, y como al acaso? Al recorrer la historia de aquellos tiempos, en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasion ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenian anecosos hospicios, que ofrecian un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo en-

contraba consuelo y remedio? Quien conozca que para la instruccion y educacion de los pueblos pueden mas los ejemplos que las palabras, y los hábitos que las leyes, ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una leccion continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficacísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos, y preparar dias mas apacibles y venturosos? ¿Quién no bendice entonces á la previsora y bondadosa Providencia que habia dispuesto en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan á manos de aquellos hombres, que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazon? A no ser así ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿cómo pudiera enlazarse su nombre con el de ninguna fundacion de establecimientos de beneficencia? ¡oh! ¡y cómo careciera de uno de los mas bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias!

IV.

Cuanto hayan contribuido á la formacion y organizacion de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la serie de consideraciones que acabo de emitir; pero está